



LOS ÚLTIMOS PROBLEMAS BIBLIOGRÁFICOS DE JAIME MOLL

**[Reseña de *Problemas bibliográficos del libro del Siglo de Oro*,
Jaime Moll, Madrid, Arco Libros, 2011]**

GUILLERMO GÓMEZ SÁNCHEZ-FERRER

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID – INSTITUTO DEL TEATRO DE MADRID

En octubre de 2011 corría entre los investigadores de la literatura hispánica una triste noticia: Jaime Moll, “callado y generoso sabio del libro antiguo” –en palabras de Víctor Infantes– además de “colega, amigo y maestro” –como lo recuerda Pablo Jauralde–, fallecía en Madrid. No había pasado todavía un año desde que viera la luz su último libro, *Problemas bibliográficos del libro del Siglo de Oro*, publicado en enero de 2011 por la editorial Arco Libros, en la que ya había aparecido en 1994 otra obra imprescindible para todos los que nos dedicamos al estudio del período: *De la imprenta al lector*.

Al menos dos generaciones –quizá tres– de filólogos hemos crecido intelectual y académicamente siguiendo la guía marcada por sus artículos y sus libros. Su análisis de la imprenta del siglo XVII iniciado con el estudio de los “Problemas bibliográficos del libro del Siglo de Oro”, que apareció en el *Boletín de la Real Academia Española* en el ya lejano invierno de 1979 y que hoy da nombre al que es su legado como investigador, supuso el germen de toda una vida dedicada al libro español antiguo. Quienes dedicamos nuestros esfuerzos a conocer mejor la literatura, la historia y la cultura de la Edad Moderna no podemos dejar de celebrar, con el regusto amargo de Pleberio ante el cuerpo de Melibea, esta última ofrenda de un profesor unánimemente reconocido por su altruismo y su infatigable dedicación al trabajo.

El lector que haga caer en sus manos los nuevos *Problemas bibliográficos...* de Jaime Moll se encontrará con un libro en el que se recogen los avances de toda su carrera y, a la vez, con un manual de la historia de la imprenta en España. Dividido en tres partes, se agrupan en las páginas del volumen diecinueve trabajos que resumen las principales líneas de investigación de su autor: una breve síntesis sobre las “Cuestiones generales” imprescindibles para entender el fenómeno de la literatura impresa en sus primeros siglos de vida, una segunda sección centrada en algunas características de las ediciones “De teatro” en los siglos XVII y XVIII y, por último, seis notas o breves artículos “De autores y obras” fundamentales en la historia de la literatura española.

Los primeros capítulos ofrecen un panorama general sobre la historia de la imprenta que a más de un lector le resultará muy familiar. Se vuelven a imprimir aquí aquellos lejanos “Problemas bibliográficos...” que durante tanto tiempo pasaron de mano en mano fotocopiados o en ediciones digitales. El neófito en la materia se sorprenderá de encontrar en este primer capítulo del libro un panorama que, inspirado en los avances de la bibliología anglosajona, sienta las bases de toda una corriente y señala algunos de los aspectos básicos de la escuela filológica hispánica. Desde las primeras páginas del libro queda clara una cosa: la necesidad de aplicar las enseñanzas de la bibliografía material a un nuevo objeto de estudio, el libro antiguo español. El resultado es un primer artículo de más de setenta páginas en el que se desgranar las características del proceso de la impresión manual: desde las fases de impresión hasta los escurridizos conceptos de edición, emisión y estado quedan convenientemente tratados aquí. Todo este marco teórico culmina con la revisión de la tipología del libro, propuesta hace ya más de medio siglo por Fredson Bowers, a la vista del contexto histórico de la España de los Austrias, reduciendo y refinando su clasificación a dos tipos de ediciones: las legales (autorizadas por el autor, privilegiadas o no, y no autorizadas por el autor) y las ilegales (ediciones sin licencias, falsificadas, contrahechas, piratas y subrepticias).

Esta primera sección, todo un manual de historia del libro mucho más claro y preciso que algunos de los voluminosos estudios que se siguen utilizando como fuente básica para su estudio, acaba pasando revista a las funciones del autor, impresor y editor –asunto en el que incide más adelante, para delimitar y evitar confusiones entre “el impresor y el librero en el Siglo de Oro” como las que aún se pueden encontrar en

algunos catálogos y estudios actuales— y da unas someras directrices para la configuración de una bibliografía estructurada. Con todo ello hasta el lector más profano es capaz de entender adecuadamente el resto del libro, dedicado a otros problemas bibliográficos particulares y mucho más desafiantes.

Las otras “cuestiones generales” de las que se ocupa en el primer apartado del libro Jaime Moll son más dispares pero no menos importantes. La necesidad de tener en cuenta el análisis de las fuentes documentales impresas para establecer una crítica textual válida (en la misma línea que ha venido defendiendo Francisco Rico desde hace algo más de una década) queda ejemplificada en las páginas del volumen a partir de un minucioso análisis de las correcciones en prensa que se pueden deducir de la colación de varios ejemplares de la primera edición de la *Fuenteovejuna* lopesca impresa en la *Dozena parte de las comedias de Lope de Vega Carpio* (Madrid, viuda de Alonso Martín, 1619).

De igual manera, en otros capítulos de cariz más teórico y con un punto de vista más panorámico, presenta Moll algunas “Aproximaciones a la Sociología de la Edición Literaria”, que tanto tienen que decir de los *best-sellers* (como los llamó Keith Whinnom) de nuestro Siglo de Oro. El estudio de las ediciones (y reediciones) de obras específicas, de obras completas de un autor, de las ediciones contrahechas de textos de éxito, de la impresión de comedias por docenas... arroja nueva luz a “la interrelación del mundo editorial con el comprador y / o lector” (97), objeto de estudio en los últimos años de algunas corrientes englobadas actualmente bajo la etiqueta de Historia de la Cultura.

Otro aspecto que no se deja de lado es el comercio de libros en el Siglo de Oro, así como la relación entre “Libro y sociedad en la España moderna” y algunas “[...] consideraciones sobre la industria editorial española”. Para todo ello se atiende, necesariamente, tanto a la realidad interna del país como al vínculo que se estableció con el mercado europeo del momento, a pesar de las tensiones que se generaron con instituciones como la Inquisición y a pesar, también, de la legislación impuesta por los reinos peninsulares para evitar la impresión de obras españolas fuera de las fronteras de la patria de su autor.

La primera parte termina con un sucinto panorama de los “Libros para todos”, esas publicaciones de los siglos XVI y XVII que se dirigían a un público lector amplio, esa literatura de masas *avant la lettre* (libros de oración y devocionarios, misceláneas, repertorios, calendarios...) que se podía encontrar por igual en la biblioteca del culto y del lego, y con un estudio inédito de la producción de “Antoni Sanahuja: librero, editor e impresor valenciano”, en activo a mediados del siglo XVI y muy relacionado con la actividad impresora de la familia Mey, bien conocida por los estudiosos de la imprenta valenciana del Siglo de Oro.

La segunda parte del volumen hará las delicias de todos los estudiosos del teatro barroco. Los dos primeros capítulos de esta sección reeditan dos trabajos bien conocidos por los investigadores, fundamentales como referencia para cualquier ensayo dedicado a las piezas dramáticas impresas del período: “Diez años sin licencias para imprimir comedias y novelas en los reinos de Castilla: 1625-1634” y “Por qué escribió Lope *La Dorotea* (contribución de la historia del libro a la historia literaria)”. No cabe duda, apenas con estos dos artículos a la vista, de la importancia del trabajo de archivo llevado a cabo por Moll, de su incansable búsqueda de la interpretación correcta de los detalles y de la importancia del trabajo sociológico para evitar falsas afirmaciones a la hora de escribir la historia de la literatura española.

Otros dos artículos muy frecuentados por los investigadores se recogen en las páginas de este apartado, cada uno de ellos dedicado a las comedias de uno de los dos dramaturgos mayores del Barroco: “De la continuación de las partes de comedias de Lope de Vega a las partes colectivas” y “Sobre las ediciones del siglo XVIII de las partes de comedias de Calderón”. En la misma línea que iniciaron con sus estudios Edward Wilson y Don W. Cruickshank, Moll hace desfilar ante los ojos del lector la realidad editorial del género estrella de nuestro teatro clásico. Su mirada atiende por igual, en lo que es un acercamiento a algunos de los casos más conflictivos de los impresos dramáticos españoles, al formato de las “partes de comedias” en todas sus variedades (desde las colecciones de *Comedias de diferentes autores* conocidas en detalle a partir del trabajo de M^a Grazia Profeti hasta las partes de autoría única) y su contrapartida en sueltas, interrelacionando ambos formatos en las comedias impresas que se reúnen en algunas de las supuestas ediciones calderonianas (volúmenes facticios con preliminares contrahechos) a los que pasa revista.

Una sorpresa más nos tiene todavía preparada Moll en este segundo apartado: un estudio inédito de la producción de “El librero e impresor Manuel de Sande en la edición teatral sevillana”. El caso de Sevilla, aunque conocido, supone aún una tarea pendiente para los investigadores del teatro del Siglo de Oro. Sabemos que Sevilla fue uno de los focos más importantes de impresión de ediciones ilegales de comedias pero son pocas todavía las ediciones que podemos identificar inequívocamente con uno u otro taller de imprenta hispalense. Metodológicamente la solución se nos presenta apenas unas páginas después de dedicarse al estudio y a la confección del catálogo de las obras que pasaron por las prensas de Sande (incluyendo algunas más probables que seguras). Se pregunta Moll: “¿Qué ha llegado hasta nosotros de la actividad editora teatral de Manuel de Sande y de otros impresores sevillanos de la época? Tres son los elementos que podemos analizar [para descubrirlo]: portadas y preliminares, comedias desglosadas y comedias sueltas” (198).

El último apartado de la monografía pasa revista a algunos aspectos bibliográficos esclarecedores en lo que respecta a las principales obras de la literatura hispánica. La duda constante que define el trabajo de Jaime Moll como bibliógrafo (y, por extensión, como crítico literario) revisa, en la primera de las píldoras de esta parte final, el lugar que ocupa la edición de 1499 de la *Comedia de Calisto y Melibea* con unas “Breves consideraciones heterodoxas sobre las primeras ediciones de la *Celestina*”. Inmediatamente después se analiza otro de los numerosos enigmas bibliográficos de la obra atribuida a Fernando de Rojas: la importancia (por sus discrepancias con lo que propone desde un punto de vista teórico Alonso Víctor de Paredes en el siglo XVII) de “Un cuaderno mal contado en la *Celestina* de Toledo, 1500”.

Sus pesquisas como investigador del libro antiguo le llevan a otros casos prácticos no menos estimulantes intelectualmente e igual de determinantes para la historia de la literatura. En el tercer trabajo de esta sección analiza Moll las ediciones del *Lazarillo* más antiguas hoy conocidas con la intención de apuntar en la dirección correcta del camino que debe llevar “Hacia la primera edición del *Lazarillo*”. Desvía su atención de nuevo, en el siguiente asunto a tratar, para revisar la labor de “Los editores de Lope de Vega” sin dejar de lado la relación del Fénix con sus lectores, establecida a partir de sus obras impresas. Más interesante todavía resulta, desde el punto de vista de

la sociología literaria, el “Análisis editorial de las obras de Salas Barbadillo”, donde se pasa revista, a partir del prolífico escritor madrileño, a “las distintas posibilidades que se ofrecían a los autores del Siglo de Oro para la difusión impresa de sus obras” (297) acordes, en este caso, con la polifacética carrera como escritor de Salas.

Termina el libro con un nuevo repaso a la realidad libraria de la corte española, atendiendo a la actividad de “Escritores y editores en el Madrid de los Austrias” en la misma línea que hace poco ha explorado también Anne Cayuela a propósito del maridaje profesional entre Lope de Vega y Alonso Pérez. Las últimas palabras del volumen inciden en una de las demandas más insistentes de Moll a lo largo de toda su carrera: “al referirnos a una edición no debemos olvidar al editor, siempre que sea conocido. ¿Por qué en las ediciones antiguas no consideramos al editor como hacemos con las actuales?” (318).

Todos los trabajos aquí reunidos son resultado de un concienzudo análisis de la realidad del Siglo de Oro y suponen, a la vez, la solución de un problema y el germen de muchas preguntas nuevas puestas generosamente al alcance de quien quiera continuar su labor. Tanto la Historia de la Literatura como la Bibliología, la Sociología Literaria y la Historia de la Cultura Escrita tienen una deuda con Jaime Moll. Quien quiera conocer qué se le debe a su obra no tiene más que acudir a este libro, su última ofrenda como investigador a los estudiosos de la literatura y del libro antiguo. Y es que, a pesar de recogerse en los capítulos del último libro trabajos tan antiguos como el que da título al volumen, ninguno de ellos ha perdido un ápice de su actualidad y ninguno de ellos dejará de ser provechoso a quien se acerque con interés a ellos. Solamente entristece la lectura, al cerrar las páginas de esta pequeña joya crítica y bibliográfica impresa en la colección que dirige Julián Martín Abad para la editorial Arco Libros, recordar la pérdida del investigador que se esconde detrás de los textos.